

PALOMA BRAVO

Las incorrectas




ESPASA

PALOMA BRAVO
LAS INCORRECTAS



ESPASA  NARRATIVA

© Paloma Bravo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Los derechos de publicación de la obra han sido cedidos mediante acuerdo
con agencia literaria Dos Passos

Depósito legal: B. 12.131-2019
ISBN: 978-84-670-5597-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

EVA

«¡OJALÁ FUERAS UN HIJO DE PUTA!»

Eva odia no poder odiar a su ex. No es una frase ingeniosa, es pura frustración. Le encantaría odiarlo. Sería mucho más cómodo. Acaba de colgarle el teléfono con ese anhelo, en voz alta, sin complejos: «¡Ojalá fueras un hijo de puta...!».

No es la primera vez que se lo dice. Hoy, como todos los viernes, habían quedado a comer. Así hablan de su hija, de trabajo y de dinero; así —sin que lo parezca, porque lo hacen a la cara— se callan las cosas de las que no quieren hablar.

Jorge y Eva, en estas comidas semanales, se intuyen, se adivinan y se yerran. No es tan fácil oler al otro desde tu propio estado de ánimo. Si Eva se siente sola, puede interpretar como nostalgia una mirada de Jorge. O si se siente débil, sentirlo a él inalcanzable. O si se siente fuerte, sentir que ya lo ha amortizado. Y así.

Pero los datos objetivos son más claros que los silencios. Este es el segundo viernes que Jorge cancela la comida; y el anterior mantuvo el móvil encima de la mesa todo el tiempo, boca abajo eso sí, evitando que Eva se asomara a los mensajes.

«Esto de que no puedas comer... ¿tiene algo que ver con que ahora pongas el móvil boca abajo cuando quedamos?». Eva se lo ha preguntado y a Jorge le ha entrado la risa, una risa forzada. «Eva, sin paranoias, que he tenido que cambiar el turno. Y, además, acordamos mantener cierto grado de intimidad. ¿O no...?». Eva le ha dado la razón de mala gana y ha intentado recuperar la dignidad. Le ha contado lo del fútbol y Jorge no ha demostrado ningún interés. Eva ha insistido. Jorge ha acabado por formular una versión educada del

«tú misma...», y Eva, ya desesperada, le ha dicho eso, que ojalá fuera un hijo de puta. Y ha colgado.

* * *

Jorge tiene razón en lo de la intimidad. «Buen rollo, compañerismo y una parcela privada». Ese fue el pacto cuando decidieron que iban a ser los ex mejor avenidos del planeta, que hasta iban a vivir en el mismo edificio para facilitar la logística de la custodia compartida. Jorge, arriba, en el ático. Eva, una planta más abajo. El piso de Jorge es muchísimo mayor: tiene una habitación más, un segundo salón y una terraza. Porque Jorge es un traumatólogo con casi treinta años de carrera, consulta pública, consulta privada; sueldazo, vaya.

Eso fue hace dieciocho meses, y Eva no echa en falta la terraza. Lo que le duele es que ella no puede permitirse la versión mini de la vida de su ex. Le duele que no tiene nada: ni un sueldazo, ni un papelazo, ni un maridazo, ni un noviazgo, ni un planazo. Ni siquiera tiene la expectativa de un mensaje que Jorge no deba leer.

Le duele que fue ella quien propuso la separación porque no sabía qué quería, porque sentía que vivía con un amigo del cole; alguien con quien el presente era solo recuerdo del pasado, alguien con quien del futuro no se hablaba por miedo a decir la misma verdad que gritaban los punkis de los setenta: *No future*.

«No tenemos un futuro juntos». Eva vivía con esa frase siempre encendida en su cabeza; y tampoco se imaginaba un futuro sola.

Se impuso su honestidad —o su ingenuidad, no está claro— y decidió separarse.

* * *

«¿Y qué verdad era la que me daba miedo? —se pregunta Eva ahora—. Este tiene a una que le manda mensajes y le hace sonreír, y esa sonrisa es mía, la inventó conmigo, la hicimos juntos...».

Se está rayando: «Y encima ni siquiera valgo para ser una mujer fuerte y sola. Igual un día, cuando no me sienta tan inútil, tan pobre y tan vieja, me acuerdo de por qué dejé a un marido sin defectos serios, sin más defectos que yo, el mejor hombre que he conocido, la mejor pareja que he tenido... La mejor pareja que tendré».

Eva da una vuelta a la manzana, porque moverse le hace pensar. Y porque en movimiento no siente tanta autocompasión. Lleva todavía el teléfono en la mano. Quedan dos horas para que Manu salga del colegio.

* * *

«No lo amo, no lo amo, no lo amo. Eva, tía, ¿quién coño habla así? Tú y tus culebrones. Di que no estás enamorada, di que no lo deseas, pero no uses el verbo amar, que jamás lo has pronunciado en voz alta, que te da hasta vergüenza pensarlo, que ni siquiera sabes sentirlo...». Eva se regaña y luego se disculpa. «Vale, vale, lo que digo es que tampoco quiero estar con él, joder. Lo que no quiero es estar así. Sentirme así. Sola. Débil. Inútil. Descartable. Descartada. Desamparada. Como vaca sin cencerro...».

Y entonces Eva se ríe, porque se da cuenta de la decepción que sentirían esas amigas de su madre que no pueden pronunciar dos frases seguidas sin conjugar el verbo mágico: «empoderarse». Eva no se siente empoderada. Además, el rechazo a la palabra «empoderamiento», tan de moda, tan tonta, es uno de los pocos puntos de encuentro con su madre. A las dos les suena a hipocresía, a maquillaje, a *fake*...

* * *

La madre de Eva sigue trabajando. Catedrática de feminismo. Maestra de sentido común: «Estas modas... Las mujeres no tienen que empoderarse, y mucho menos tiene que empoderarlas alguien. ¿Qué significa eso, eh? ¿Que los hombres nos empoderen es que nos presten un ratito el poder, como cuando sientan a la única directiva de la empresa delante de

la prensa para quedar bien en las fotos? Que no, hombre, que no: las mujeres no tienen que empoderarse, tienen que ser: ser fuertes y valientes».

Hasta ahí, bien.

El problema es que Verónica, la madre de Eva, también cree que las mujeres deben saber estar solas y asumir sus decisiones. No es que no entendiera la separación de Eva («Es tu decisión y la respeto», sentenció solemne), es que le resulta contradictoria e insana la forma en que su hija ha puesto en práctica esa decisión.

—Tienes suerte de que no sea la típica madre que te recrimina haber dejado a un buen marido, a un hombre como Jorge. Educado, trabajador, bueno, inteligente, divertido...

—Pues para no recriminármelo, te estás quedando sin adjetivos...

—Me falta uno: hasta feminista es Jorge. Decidiste separarte y yo ahí no me meto, pero...

—¿Pero...?

—Pero, hija, no sé bien por qué lo dejas para vivir justo debajo de él.

—La logística...

—Eva, que soy tu madre... No entiendo si es para controlarlo, que es malo, o para tenerlo de *back up*, que es peor. Para llamar a su ático si un día te arrepientes y quieres volver a tener terraza y seguridad...

—(...)

—Si quieres vivir sola, vive sola.

—Es que no sé lo que quiero.

—Pues eso es lo que digo.

—Pues no me estás ayudando.

—Es que te tienes que ayudar tú sola, Eva. Decide y luego asume tus decisiones. Tienes que elegir tus errores.

—Mamá, por favor, odio esa frase desde que era pequeña...

—Por eso te la repito; porque la odias, pero no la entiendes: elige tus errores y sigue hacia delante. Pero no te pares ni mires atrás. El *stand by*, ese limbo en el que te has instalado, no es una opción...

—Madre, hablas como una tuitera o como una taza con frase...

—Lo que quieras, pero avanza.

* * *

Las conversaciones de las mujeres de cuarenta o cincuenta con sus madres son una extraordinaria fuente de realidad. Mujeres ya con hijos que adoran a sus madres cuando ejercen de abuelas y se irritan con ellas con furia adolescente en cuanto esas señoras vitalistas y fuertes, tan listas y tan libres como sus hijas (o más), les sueltan cuatro verdades. «Pero son tus verdades, mamá. Tú nunca has estado sola». «Porque no he querido, Eva. Pero tú querías...». «Que no sé lo que quería, mamá». «Pues piénsalo un poco... Que la igualdad es también respetar a los hombres como queremos que nos respeten; y esto de que creas que —si un día te da la gana de arrepentirte y subir otra vez a la vida de Jorge— él va a estar exactamente como lo dejaste es una falta de respeto. Eva, Jorge no es un muñeco hinchable».

—¡Mamá!

* * *

Eva ya no se ríe. Piensa siempre en su madre con complicidad y nostalgia, con una sonrisa, pero enseguida se la imagina entera, completa, sólida, compacta. Su madre es una enciclopedia. Siempre tiene respuestas, así que Eva le hace preguntas desde lejos, mentalmente, sin riesgo de que conteste con su sinceridad letal. «¿Y si me hubiera equivocado? ¿Y si descubro que sí, que me arrepiento, mamá? Si vuelvo a Jorge y no quiere, ¿cuál es tu consejo entonces?». Pero su madre está dando clase, muy concentrada. Eva solo la presiona en su imaginación. En directo intenta callar para que no se le escape ni una duda. O quizá para que su madre no conteste («No hagas preguntas si no te atreves a escuchar las respuestas», es otra de sus poco maternas frases lapidarias).

Así que ahora, lejos de su influencia y su omnisciencia, Eva aprieta el paso y sigue caminando.

* * *

Le cuesta identificar el momento en que su vida se hizo líquida. Al principio de la separación, el universo parecía mimarla y darle la razón. Todo le iba bien: trabajo fijo e inquietudes sexuales correspondidas; risas, deseo y dinero.

Pero en solo unas pocas semanas, su razón se evaporó sin piedad (o el universo decidió reírse). Un guionista inspirado mató el personaje secundario que representaba en una serie —y aniquiló, ya puestos, sus ingresos fijos—, se abortó la publicidad de unos grandes almacenes que hubiera cubierto un año de alquiler por una insinuación nunca probada sobre lo largas que eran las manos del dueño de la agencia de publicidad, se dejó de cruzar con aquel actor argentino que le desataba cosquillas adolescentes en la tripa, desaparecieron los mensajes de ese productor atractivo que a ella no le atraía pero sí le halagaba, su hija empezó a no dejarse abrazar...

* * *

Eva ha dejado de caminar. Este paseo es pura autodestrucción. Intenta sobreponerse. No tiene paciencia para la auto-compasión. Tampoco quiere comer sola. Tantea el móvil, buscando el número de su hermana, cuando entra una llamada. Su madre. Vaya... Su madre no se equivoca leyéndola como hace ella con Jorge. Su madre directamente la huele. Como un perro policía. La única vía de escape es no dejarla entrar. Eva contesta rápido. Susurrando: «Mamá, estoy en un *casting*, te llamo luego».

Cuelga y llama a Pilar. Un error, claro. Le explica la situación muy rápido y Pilar muerde. «¿Y qué esperabas? ¿Que Jorge se sentara a hacer calceta mientras tú decidías volver con él? Eva, de verdad, eres muy tonta».

La infancia es eterna: su hermana la insulta con la superioridad de siempre, a Eva le duele con la misma intensidad de la niñez.

* * *

Pilar no perdona una debilidad. Es despiadada y también eficiente, así que en veinte minutos están sentadas en un restaurante sano. Pilar pide que le quiten la quinoa; Eva, que le pongan más. Pilar es la pequeña por un error cronológico: tiene la personalidad característica de la hermana mayor: es mandona y perfecta. Se dedica a la docencia, como sus padres; fue primera de su promoción, siempre matrículas de honor. Ganó hace años una cátedra de físicas. Nunca se excede en nada (ni en la comida, ni en la bebida, ni en el sexo, ni en la risa)... Salvo en la crueldad fraternal.

Está puteando a Eva sin piedad. «Con lo estupendo que es Jorge... Si fueras como yo, que me gusta estar sola... Pero no. Tú, que no eres autosuficiente y no quieres asumir esa carencia, querías algo mejor, que no lo hay, o ni siquiera sabrías reconocerlo. Y, hala, dejas a Jorge como una adolescente sobrada... Eres tan boba, corazón...».

—Pilar, ¿te puedes callar?

—¿Me has invitado a comer para que me calle?

—No te he invitado, que estoy sin un duro.

—Pues entonces me escuchas.

* * *

Son muchos años, ya. Eva la deja hablar. Tolera que Pilar le detalle todo lo que tiene que corregir en su vida. Afortunadamente, en lo profesional no entra: «Como actriz, dignidad. Eres pobre, desconocida, infravalorada, ignorada..., pero eres buena. A estas alturas no puedes renunciar a tu vocación y a mí me parece bien que no te vendas barata por papeles miserables...».

Eva interrumpe.

—Ya me gustaría a mí venderme... No me vendo porque no me compran...

—No te vendes.

—Lo que tú digas.

Pilar suelta sus verdades siempre por el mismo orden. Jorge, la actuación, Manu. Es ordenada hasta para eso.

—¿Entonces, va a ir o qué?

Es lo que más le gusta en el mundo, pero le da miedo. Que no quiere ser el foco de atención...

—Igual no eres su madre... «Hija de actriz intenta pasar desapercibida...».

—Calla, que la maternidad a veces se me da bien. Ayer me salió un discurso buenísimo: que tenía que atreverse a intentar lo que le hace feliz, aunque no fuera la mejor o ni siquiera buena; a no negarse nada, ningún placer, ninguna felicidad; que el miedo no puede ser paralizante; que es mejor atreverse y equivocarse que huir y no intentarlo...

—¿Y Jorge?

—Jorge me rehúye, ya te lo he dicho.

—Que no, pesada, que qué piensa Jorge...

—No mucho... El tío lleva cincuenta años viendo cuatro partidos de fútbol a la semana y ahora dice que no hay que forzar las cosas. Que si no hay un equipo de chicas, que se apunte a baloncesto, que por qué tiene que jugar con los niños...

—¿Y por qué tiene que jugar con los niños?

—Porque es lo lógico. En su colegio no hay extraescolares y el único equipo de chicas está a cincuenta minutos en metro... Este club está cerca y van dos amigos suyos.

—Entonces no entiendo a Jorge.

—Jorge se queda siempre en la primera excusa de Manu. «Mejor no, mamá». Y eso que se ahorra en argumentos, logística y gastos extraescolares...

—Jorge no es así, Eva.

—No, es verdad; no es así. Pero tampoco sé cómo es, porque no quiere intervenir...

—Pero será por otra cosa...

—Bueno... Dice... No sé...

—¿Qué?

—Dice que le falta cuerpo para jugar con los chicos, que tiene miedo de que se metan con ella, que la historia sería

épica si Manu fuera una *crack* a la que acabaran becando en una universidad americana, pero que esa historia no va a ser la nuestra...

—Espera, espera... ¿Lo que dice su padre es que la niña no debería entrenar porque no tiene suficiente talento? ¿Que no juegue porque es mala?

—Algo así... Pero a mí me da igual si es buena, solo sé que le apasiona jugar al fútbol. Tiene ocho años, no le hace falta ser una galáctica...

—(...)

—A Jorge lo que le da pereza es tener que hacerle la terapia...

—¡Ja...! Me voy a chivar a mamá. Su yerno perfecto, el feminista, resulta que prefiere una mujer que se automutile...

—¡Tampoco he dicho eso...!

—¿Sabes cuál es mi frase favorita de mamá?

—¿«Eva es buena, pero Pilar es lista»?

—Crece, Eva. Crece.

—¿Cuál?

—«No hay que educar a las niñas para que sean perfectas, sino para que sean valientes».

—¡Exacto!

* * *

Dos horas más tarde, Eva recoge a Manu en el colegio. Han desarrollado una especie de ritual: Manu no habla hasta que se han alejado del edificio. Eva no se inmuta: le pasa unas galletas para que le suban el azúcar y el humor, y echa a andar.

—¿Dónde vamos tan rápido?

—A fútbol, claro.

—¡Mamá...! Que te dije que no quiero ir, que me da vergüenza.

—Manu, busca argumentos y no excusas, por favor.

—Es demasiado pronto... Cuando cumpla diez.

—¿Pronto? Llevas ocho años de retraso. Estás todo el día taladrándome con la pelota. Ya va siendo hora de que chutes fuera de casa.

—A veces lo hago... En la terraza de papá.

—Una semana, sí, pero la otra yo no tengo terraza. Y has perdido ya doce balones... No gano para comprarte pelotas.

—Pues véndete y haz una serie, mamá... Así tendrías terraza.

—Ya me gustaría. ¡Venga! Que es a y media...

—¡Mamá...!

—¡Manu...!

* * *

El club está justo entre el colegio y su casa. Muy cerca. Demasiado cerca para encontrar excusas logísticas. «Feroz Fútbol Club». Tres campos desangelados, un barracón que hace las veces de oficina y ningún vestuario. Eva se estuvo informando. Con ocho años les toca categoría benjamín. Entrenamientos, miércoles y viernes. De cinco y media a siete. Partido los sábados. Los equipos mezclan a niños de colegios diferentes; lo único común es la edad. Preguntó si había hueco en el grupo de los amigos de Manu. «No sé dónde hay hueco, señora. Intentamos montar los equipos por puro orden de inscripción. Y no tenemos ordenador para buscar a sus amigos. Esto es un modesto club de barrio, un club de libreta y boli...», le dijeron por teléfono. Se quedó enganchada a la palabra «barrio». Ahora que vivía en una casa que no podía pagar y que ya no era la mujer de alguien con dinero, le gustó pensar que era una vecina, una mujer de barrio, una mujer con barrio. «El barrio es la base de la sociedad», pensó Eva. Y luego dejó de pensar porque sabe que lo suyo no es la filosofía, sino la vida.

«Hay una plaza en "benjamín C". Vengan el viernes a conocer al entrenador». Y a eso van.

* * *

Manu se queda atrás, Eva avanza decidida. Hay un tipo mayor (o a Eva le parece mayor). Cincuenta y algo. Chándal. Barriquilla. Barba.

—Dígame, señora.

—Soy la madre de Manu. Llamé por teléfono.

—Ah, sí... Delantero, ¿no? —El entrenador mira a Eva—. Me suena su cara.

Eva baja la cabeza y miente de la mejor forma posible, diciendo la verdad.

—Creo que no nos conocemos...

Al final del campo, incluso con miopía, Eva ha detectado esa odiosa valla publicitaria en la que luce *photoshopeada* para parecer más gorda y más vieja: una menopáusica rotunda, guapetona, confiable.

«¡Ya no me mojo!», grita Eva en ese cartel que anuncia, con un gusto dudoso, una compresa para proteger a las mujeres en casos de pérdida de orina. «Cabeza alta, dignidad. La publicidad es información y mi integridad es ser pobre, pero honrada», ese es el mantra que se repite Eva. Eso y que la agencia le juró que era solo para redes, segmentada a mujeres de sesenta, «No la va a ver nadie que conozcas, salvo tu madre...», pero —ahora que el mal está hecho y su cara en versión vieja está por todas partes— Eva agradece haber peleado por la letra pequeña del contrato: la publicidad exterior cubrirá otros seis meses de alquiler.

* * *

El entrenador sigue hablando. «Es importante que los niños no falten, señora. Esto no va de ganar, sino de aprender valores: que disfruten del juego y del equipo. Si no vienen al entrenamiento, están faltando al respeto a sus compañeros y al club, ¿estamos? Aquí da igual si son buenos o malos, pero necesitamos estar seguros de que podemos contar con ellos».

Eva repasa sus prejuicios sobre el fútbol. Millonarios frívolos y egocéntricos, dirigidos por entrenadores que gritan y que se forran antes y después de que los echen... ¿En qué estereotipo encaja este personaje bonachón que habla de valores? «En un club de barrio —piensa Eva—, un club sin prejuicios».

—Pues eso es todo, señora. Que venga Manu, que necesitamos goles.

Eva se gira. «¡Manu...!». Detrás de una columna surge Manu, cabizbaja, caminando en penitencia hacia el patíbulo.

—¡Pero es una niña, señora...!

—¿En serio? ¡No me había dado cuenta...!

—¿No me dijo Manu...?

—Manuela.

—Pero eso no puede ser.

—Pues es. Manuela. Un nombre precioso, ¿no le parece?

—Que no, que no puede ser.

—¿El qué no puede ser?

—Que... somos todos chicos.

—Perdone, ¿cómo se llama?

—Emilio. Pero me llaman Míster.

—Emilio, encantada, soy Eva. Yo no le voy a llamar Míster, pero sí le voy a informar. Es obligatorio que todos los equipos infantiles puedan ser mixtos hasta que los niños cumplan catorce años. Y para entonces ya veremos si no se ha vuelto a reformar el reglamento...

—Señora...

—Eva.

Manu empieza a tirar de su madre.

—Mamá, ¡te lo dije! ¡Vámonos!

—No nos vamos a ninguna parte, Manu. Tú quieres jugar al fútbol y a este señor le parece estupendo porque su equipo es legalmente mixto. ¿A que a usted le parece estupendo que Manu juegue al fútbol, Emilio?

—Sí, señora, pero...

—Eva.

—... Pero es que la niña se va a sentir incómoda...

—No, la niña va a meter goles e incómodo igual se siente usted...

—Que no, señora...

—Eva, Emilio.

—... Que yo estoy hecho a todo, pero le puedo encontrar algún club de fútbol femenino. Que veo yo a las niñas en sus clubes, jugando entre chicas, sin que las molesten, y, oiga, son muy felices.

—¡Qué bien, Emilio! ¡Qué bonito que las niñas sean felices en un gueto! Me alegro mucho por ellas, pero no sé qué tiene que ver conmigo.

—Pues que quizá Manuela...

—Manu.

—Que quizá Manu, la niña...

—¿La niña qué, Emilio?

—Que quizá estaría mejor entre...

—¿Entre las de su sexo, Emilio...?

Manu llora de vergüenza, de humillación, de rabia.

Eva se hace fuerte.

—Oiga, Emilio, esto es muy fácil. En el colegio de mi hija no tienen equipo. Ella juega a todas horas y ya me ha roto dos lámparas. Este es el club que está más cerca de su colegio y de su casa. El club al que vienen sus dos mejores amigos, aunque, y eso sí me molesta, no a esta hora. Ustedes tienen una plaza y es de Manu. La niña va a entrenar aquí. Salvo que quiera que le cuente al ayuntamiento que usted prohíbe jugar a un delantero solo porque tiene vagina...

—¡Señora...!

—Eva, Emilio.

—Yo... Yo no he dicho que... Yo no prohíbo nada, yo solo recomiendo que...

—¿Recomienda usted la discriminación y el sexismo? No parece muy deportivo eso, ¿no?

—¡No! Por supuesto que no.

—¿Entonces qué recomienda, Emilio?

—Como educador, recomiendo que los niños estén cómodos y felices...

—Mire a mi hija, Emilio. ¿La ve?

—¡Mamááá...!

—¿La ve roja de vergüenza? Mi hija ahora mismo se siente muy incómoda y muy infeliz por la reacción que ha tenido usted, Emilio. Y, como comprenderá, a mí me importa todavía más que a usted que esté cómoda y que sea feliz. Así que, como no hemos traído las botas y usted necesita digerirlo, que está muy alterado, hoy nos vamos a casa y el miércoles ya venimos a entrenar. ¿Le parece?

—Eh...

—Y luego usted la convoca a todos los partidos para no discriminarla, porque no queremos discriminarla. ¿Verdad que no queremos, Emilio?

El Míster mira hacia atrás, buscando clemencia: en el campo hay una decena de niños esforzados y un adolescente zangolotino que ejerce de asistente; en la grada, tres o cuatro madres esperan para llevarse a casa a los jugadores, hambrientos y agotados.

Aunque el tono de la conversación ha enrarecido el aire del campo, nadie ayuda a Emilio. Las madres miran, los niños juegan, Emilio sufre. El tiempo parece haberse detenido. Eva da un paso hacia las gradas y saluda con la mano a las madres. Pregonas: «¡Es un nuevo fichaje! ¡El miércoles nos vemos, compañeras!».

Emilio traga saliva. Manu mira a Eva con la boca abierta, admirada; y, ahora sí, los niños miran a Manu.

—¡Vamos, hija! Que nos hemos ganado un *gin-tonic*.

* * *

Esa misma noche, Eva y Manu le cuentan la escena a Jorge, muertas de risa. «Tenías que haberla visto, papá. Parecía la abuela, toda justiciera. Pero el miércoles me llevas tú, que mamá me la lía...».

—Yo el miércoles tengo consulta...

—Papá, siempre te escaqueas...

—Tu madre te lleva mejor.

—Mi madre tiene menos morro.

—Y menos trabajo...

—¡Papá...! Eso no es justo. Mamá tiene vocación y dignidad...

Jorge aplaude a Eva. «¡Impresionante! La tienes muy bien adiestrada». Pero Eva está en otra cosa: bebe con la vista fija en el móvil de Jorge, que asoma por el bolsillo de su camisa.

—Creo que te ha sonado un mensaje... —dice con voz inocente.

Jorge se sobresalta, busca la pantalla y se sonroja, culpable.

—¿Todo bien? —pregunta Eva en su papel de hipócrita cariñosa.

—Sí, sí, una cosa del hospital...

Manu coge la pelota. Regatea lámparas y mete gol al sofá.

—Vale, Manu, vale. Eso lo dejas para el campo, que Emilio te lo va a agradecer y yo también.

Jorge da besos rápidos al aire. «Me tengo que ir, chicas. Mañana hablamos».

—Pero, papá..., si hoy duermo contigo.

—¿Cómo?

—El turno, papá.

—Ah, pero... es viernes.

—Claro, es viernes. Hasta el domingo estoy contigo.

—Eh... Espera, que hago una llamada y bajo a por ti.

—No, papi, subo ya contigo...

Eva sonrío angelical. «Manu, llévate la pelota, anda... Hala, sed buenos...».